



# EL PORTAL

Por JUAN RAMON MASSOLIVER

VAMOS al Portal, que el día se acerca. «Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria», canta el celebrante la vigilia del nacimiento de Jesús. Ese día llega a Belén el patriarca jerosolimitano; se reviste de la capa magna y, precedido del clero secular y regular, cruza procesionalmente la vasta plaza de Santa Elena en dirección a la basílica de la Natividad, a cuya puerta un cojín y una alfombra le esperan para el beso de la Cruz, y el agua bendita y el incienso con que le recibe el guardián del convento franciscano. Pero al templo se accede sólo por un portillo abierto en el macizo paredón que cierra la plaza; una exigua abertura que obliga a bajar la cabeza e inclinar el busto y que introduce en un vestíbulo obscuro y desolado. Y también el patriarca, el excelentísimo y reverendísimo patriarca, ha de doblar la cerviz y ver cómo su cortejo se desordena.

Una vez en la anchurosa basílica, no pueden, patriarca y clero, recorrerla hasta el presbiterio y aventurarse por los dieciséis peldaños de la angosta escalera que conduce al Portal o gruta de la Natividad. Porque el templo es de católicos, ortodoxos y armenios (al punto que la luz que recibe una capilla griega viene del jardín latino a través de un cristal abierto en una pared armenia) y han de turnarse en las ceremonias según una meticulosa convención que regula las condiciones y ejercicio del culto, de los ornamentos e incluso de la limpieza.

El cortejo no se dirige al Portal sino que toma a la izquierda, por la puertecilla lateral que introduce en el claustro latino y a la parroquia franciscana de Santa Catalina, donde se celebran las primeras vísperas pontificales. No pueden ir a la gruta hasta después de completas, cuando se forma la procesión que recorre a diario el coro de los armenios, el Portal y la serie de grutas que le siguen (la del Sueño de San José, la de los Inocentes, el oratorio de San Jerónimo, las de las santas Paula y Eustoquia y de San Eusebio de Cremona), desembocando en la iglesia de Santa Catalina.

Estos peldaños bajan al Portal. Las volutas de incienso se diluyen por las sombras bóvedas del laberinto, empujando los ecos de la «tierna grey de los inmolados» que, inocentes, juegan con sus palmas y coronas bajo el altar, mientras la procesión de estrellas sigue deambulando por los estrechos pasadizos. Este es el Portal. Trabajo cuesta en Palestina imaginar cómo serían los lugares que hoy son santuarios. La piedad de nuestros primeros padres, y a la cabeza de ellos San Evaristo, el sexto papa, aquel que estableció los primeros lugares destinados al culto, cuidando especialmente los de Belén, su patria; la fiebre arquitectónica de Santa Elena, madre de Constantino y descubridora de reliquias; los saqueos y profanaciones de persas y musulimes, y las restauraciones de los cruzados; la plurisecular competencia, en fin, entre franciscanos y ortodoxos,

armenios, jacobitas y demás confesiones, han modificado hasta tal punto los Santos Lugares, tanto los han recargado de capillas, cuadros, lámparas, tapices y mármoles que uno no acierta a imaginarlos en su estructura original. Si a ello se añade la embrollada reglamentación de cultos y limpieza que antes dije; que si la misa debe acabar exactamente a tal o cual hora, y hay que desnudar inmediatamente los altares; que el incensario se puede agitar determinado número de veces, ni una más; que si la cortina de los griegos ha de colgar del clavo número tantos y entre la misma y la de los latinos deben mediar equis centímetros; que si a los franciscanos toca barrer hasta una cenefa, a partir de la cual barren los griegos, y éstos sólo pueden abrir ciertas ventanas mientras dure la limpieza; todas esas minucias, digo, contribuyen a desorientar al peregrino, incluso a producirle un ligero desencanto.

Así sucede en Nazareth, así en los más de los santuarios jerosolimitanos; pero dos lugares hay, por lo menos, que no abren portillo al desencanto, dos lugares en que el cristiano cae de rodillas y comprende que no podrían ser de otro modo. Uno es el Santo Sepulcro; no toda la basílica de este nombre, con el Gólgota y la intrincada serie de capillas y ritos, de escaleras y grutas, sino el lóculo del Sepulcro de Cristo. Y es el otro el Portal de Belén, pese a cortinajes y lámparas y apresuradas ceremonias, donde el más indiferente parece estar oyendo todavía el canto de los ángeles. Dos augustos lugares, revestidos de mármoles y plata, aromados con flores e incienso, que no recatan su humilde calidad de grutas abiertas en el seno de la tierra. Como para indicar que el Dios humano se somete a la dura condición nuestra, salidos del claustro materno para rendir nuestro cuerpo en el de la sepultura.

Quien conozca los caravanserrallos de Oriente, suerte de soportales en derredor de un patio donde se hacían cuadrúpedos, mercancías y viajeros, en tan pintoresca como indiscreta y anti-higiénica mezcolanza, comprenderá que el de Belén no era sitio apropiado para María, que andaba por los meses mayores de su estado. Ni tampoco la casa de algún pariente (que no había de faltar a los del linaje betlehemita de David), ni esos zaquizamías árabes donde en el día siguen conviviendo hombres y bestias en un solo aposento, podían convenir a quien iba a dar a luz. De ahí que un establo o aprisco de inmediaciones del caserío (la basílica de la Natividad sigue estando al final de la población), que un lugar apartado, deparase la discreción y la tranquilidad que inútilmente buscaran en el hogar de un allegado o en la caravanera.

El texto evangélico habla de un pesebre, sin más indicación de ambiente; pero la ininte-



1870. Caballero  
 rumpida tradición del lugar señalaba una gruta y los artistas primitivos así representaron el nacimiento. Una gruta como otras mil que se producen en el subsuelo de Palestina y que todavía se utilizan para vivienda, almacén o cuadra con la simple añadidura de cuatro paredes y un techo. Pero al difundir San Francisco por Europa la devoción del pesebre, los artistas italianos, o mucho me equivoco, imaginaron el establo como los de su tierra: como una construcción rústica, por lo común de madera, que luego la costumbre napolitana de los belenes y nacimientos barrocos, aprendida en nuestros siglos virreinales y arraigada en España por Carlos III, se encargaría de fijar definitivamente como el Portal ruinoso entre breñas.

El Portal es una gruta rectangular, irregular, de doce metros por tres, con bóveda de ladrillos iluminada por treinta y una lámparas de plata y ornada con tapices. Entre dos escaleras que descienden del presbiterio de la basílica se abre un pequeño ábside pavimentado de mármol. En el suelo hay una abertura circular con una placa de jaspe rodeada de una estrella que lleva esta inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est. - 1717*. Ahí nació el Niño-Dios. Como en el agujero del Gólgota, decenas de generaciones se han humillado para acercar sus labios a ese manantial. Y cerca del suelo arden noche y día quince lámparas, cuatro de las cuales pertenecen a los católicos, colgando del altar que utilizan griegos y armenios.

Al otro lado de la escalera que hay a la derecha de esta ábside, a unos tres metros de distancia está el oratorio del pesebre, abierto en la roca y sostenido por tres columnas de mármol. Este oratorio sólo tiene tres metros y medio por dos metros treinta de anchura, y se baja a él por tres gradas que, a la izquierda, llevan al altar de los Magos, coronado antaño por un cuadro de Murillo. Del otro lado, una especie de excavación en forma de pesebre, es el sitio donde los pastores adoraron a Jesús. Ahí estuvo el pesebre de plata que Santa Elena colocó en substitución del antiguo, cuando se llevó a Roma las reliquias que hoy se veneran en la Capilla Sixtina de Santa María la Mayor.

Lo angosto del lugar no permite aquí ceremonias tan pomposas como las de la suntuosa basílica romana, resplandeciente de oro y jaspes. Incluso la misa pontifical de Nochebuena, oficiada por el patriarca y con asistencia de los prelados y del cuerpo diplomático, ha de celebrarse

en la iglesia de Santa Caralina. Pero no hay ceremonia en la Tierra que emocione cuanto la procesión que se efectúa al terminar aquel oficio. Cuando el patriarca, llevando el simulacro del Niño Jesús en una cuna, se encamina hacia la gruta y coloca la imagen sobre la estrella de plata, en el lugar exacto de la Natividad—que para esta ocasión ha sido despojado de ornamentos—, mientras los fieles entonan el himno. Luego, el diácono toma la sagrada imagen y la deposita en el verdadero pesebre, y las misas de los católicos se suceden en el contiguo altar de los Reyes Magos, hasta las cinco y media.

A esa hora los griegos preparan el altar de la Natividad y celebran una misa pontifical, tomándose el tiempo que quieran, durante la cual no pueden los latinos hacer ningún acto de culto. Terminada la ceremonia y desnudado nuevamente el altar de la Natividad, reanudan los latinos sus misas, en el altar de los Magos, según el orden de inscripción en la lista oficial (cuya redacción es una de las tareas más delicadas de la jornada); y en agotarse ésta, vuelven a preparar el altar de la Natividad, ahora los armenios, para nuevos oficios. Y al concluir esta misa, larguísima misa, queda el santuario libre para los peregrinos, de cualquier confesión y condición. Recobran los peregrinos la facultad de postrarse ante las reliquias.

Es natural que todos y cada uno de los cristianos tengan el vivo deseo de poseer los santuarios de la religión cristiana, de poder oficiar y permanecer en ellos. Y no extraña que a lo largo de los siglos muchos ritos hayan aparecido como poseedores de los mismos o esgrimiendo el derecho a celebrar sus funciones religiosas. Que al separarse de Roma las Iglesias orientales se creara un estado de hostilidad es también lógico, aunque lamentable. Y que los franciscanos, custodios de aquellos santuarios en representación de Roma, considerados como extranjeros en un mundo oriental de súbditos del Imperio otomano, hayan sido objeto de mil usurpaciones a martirios, no podía ser por menos. Pero hemos de agradecer a los hijos del Poverello si la guardiá vigilante montada durante seis siglos, y el culto ininterrumpido de los cánticos latinos entonados una tarde tras otra en estos cientos de años, son los que nos han conservado el acceso a los recuerdos de la Vida y Pasión de nuestro Salvador. Primero entre ellos ese Portal donde nació la palabra de paz, en ese oasis de olivos y almendros de la más pequeña de las mansiones de Judá.